

DE LA RAZÓN

PERIÓDICO LITERARIO

Setiembre 24 de 1883.

MONTEVIDEO.

Vol. I.—Núm. 8.

LOS AMORES DE MARTA

POR

CÁRLOS MARÍA RAMÍBEZ

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO OCTAVO

EL MAYORDOMO DE LAS ALAMEDAS

El temporal duró dos días. Llovía incensantemente; ráfagas intermitentes y variables sacudían la arboleda, abatían los arbustos, estrujaban las flores, y arrebataban millares y millares de hojas y pequeñas ramas, de las cuales volaban las unas á lo lejos y quedaban las otras esparcidas en las calles del jardín, como destrozos de un combate.

Marta se paseaba de un lado á otro en las vastas habitaciones de la casa, limpiando con su pañuelo de batista los cristales húmedos de las puertas, para mirar por ellos con anhelo, en busca de una nube dorada, de un arbol lejano, que rompiese la monotonía de aquel cielo taciturno y lloroso.—No la perdían de vista los abuelos, la creían soberanamente fastidiada y de tiempo en tiempo iban á recordarle que de su voluntad únicamente dependía la vuelta á Buenos Aires.

—Veremos! veremos!—respondía invariablemente la joven.

Ya en sus confidencias íntimas comenzaban los abuelos á encontrar extrañas aquellas indecisiones, aquellas medias palabras. —Estravagancias! estravagancias de niña!—decía don Francisco.

Y doña Emilia sacudía la cabeza con incertidumbre maliciosa. Durante el segundo día recibió Marta una interesante carta de Orfilia Sanchez.—Era un plieguito verde, escrito por los cuatro costados, en dirección horizontal y en dirección vertical, por lujo de coquetería caligráfica.—Decía testualmente así:

«Queridísima amiga:

«Nunca hubiese podido extrañar tu ausencia tanto como ahora. —Tengo tantas cosas que contarte!—Miro este papel y me parece indigno de recibir las confidencias que solo el lábio debe murmurar al oído de las amigas.—Pero no puedo resistir á la tentación de anticiparte mis alegrías, y allá van, segura de que tú las acogerás con tu acostumbrado cariño.

«Resúmen de la gran noticia: estamos definitivamente arreglados con Eduardo Arismendi!

«Que carnaval tan oportuno!—Nos encontramos en los bailes del Club; y nos entendimos como si fuéramos antiguos amigos.—Días después se hizo presentar en casa; ahora me visita dos veces por semana; me pedirá el 25 de Mayo, y nos casaremos en Julio, el día de mi cumpleaños.—Puedes figurarte si me gustará el regalo!

«Has de recordar que cuando Eduardo empezó á mirarme en Colon, á mí me parecía muy feo. Ahora, no diré que sea buen mozo, pero sí que á nadie dejará de parecerle interesante.—

También es verdad que sabe decir al oído unas cosas tan dulces, tan armoniosas, tan impregnadas de sentimiento y poesía!—Bajo aquel semblante adusto y aquella corteza dura palpita un corazón de oro. Que bueno y qué afectuoso es! —Me anima el convencimiento de que seremos muy felices.— Estoy deseando que vengas para que lo trates; le hablo siempre de tí, y él también tiene muchos deseos de conocerte.—Le he asegurado que te presentarás en los bailes de este invierno.

«Y á propósito de tu entrada al mundo, haz de saber que el Dr. Nugués vino de las Alamedas haciéndose lenguas para ponderarte. Con motivo de hallarse papá incomodado de su asma, ha estado dos veces en casa el espiritual doctor, y las dos veces me ha hablado largamente de tí. Pancha Ovalle, que como tú sabes, se pinta sola para averiguar estas cosas, dice que con el mismo entusiasmo habla el Dr. Nugués en todas partes, y afirma que está evidentemente enamorado.... ¿Qué te parece? No quiero añadir una palabra más porque no presumo cuáles serán las impresiones que á tí te ha dejado.... Cómo vamos á conversar cuando nos veamos! Que sea cuanto antes son los votos de tu amiga que te abraza y te come á besos,

Orfilia Sanchez.»

Es probable que algunos días antes, esta carta hubiese causado terremotos en el corazón de la persona á quien iba dirigida; pero llegaba tarde.—Marta la leyó con distracción y la dejó olvidada sobre un sofá de la sala.—Recogióla doña Emilia, y después de haberla leído creyó haber encontrado la clave de un enigma que comenzaba á preocuparla mucho.

Al tercer día de iniciado el temporal, todo había pasado. El sol era radiante; el cielo revestía un color celeste, terso y uniforme, semejando una colosal turquesa cóncava, y la brisa, fresca y pura, mecía suavemente las ramas y las hojas de una vegetación que parecía en aquel momento engalanada con sus más relucientes ropajes. —Marta había encargado que la despertasen temprano. Cuando la criada abrió un postigo y le hizo ver los resplandores de aquel hermoso día, ella también como una planta del jardín, sintió rebullir su savia, y revivir sus colores, su sonrisal

A medio día, se despidió de doña Emilia para ir á su visita habitual. Don Francisco andaba recorriendo los galpones, para conocer de cerca los estragos que había hecho el temporal.

—Pobre viejital dijo Marta al salir; tres días hace que no tengo noticias de ella.

Doña Emilia la acompañó hasta el corredor que daba frente á la casita suiza. Con cuánta ternura quedó contemplando á su nieta!—Qué bien se destacaban las trenzas sueltas de Marta, tan esponjadas y tan largas, sobre el fondo de su traje blanco!.... ¿Pero por qué hay señales de inquietud en la mirada de la afectuosa abuela?... Luego que Marta subió la escalera de entrada de la casita suiza, dióse vuelta haciendo un graciosísimo saludo.—Doña Emilia contestó con una sonrisa afectuosa, y permaneció reclinada en la balaustrada del corredor mirando hácia la puerta por donde había desaparecido la figura de aquel ser idolatrado.

A nadie halló Marta en el primer piso. Solía esto suceder, y entonces, para anunciarse alegremente á doña Catalina, se sentaba al piano y jugueteaba en el teclado, con alguna pieza de baile.

—Así lo hizo aquel día, pero en vez de una pieza de baile se puso á tocar un nocturno que hubiera podido servir de acompañamiento á cierta canción amorosa no desconocida para aquel mismo piano.—A poco de estar tocando, oyó pasos en la escalera interior, y no eran pasos de señora. Alguien bajaba, y no era la viejita escocesa!

Jorge apareció muy luego en la puerta de la sala, pálido y grave, sencillamente vestido con un traje de color oscuro. Marta dejó de tocar; su corazón palpitaba en aquel momento como jamás había palpitado hasta entónces.

—Señorita, dijo el jóven, sin adelantar un paso, mirando á Marta por encima del piano que daba la espalda á la puerta de la sala:—mi madre está enferma...

—Enferma! exclamó Marta con sorpresa dolorosa.

—Sí, señorita;—los dolores reumáticos que la atormentan con frecuencia en el invierno, no le han dejado cerrar los ojos en toda la noche....

—Voy á verla!....

—No, señorita;—ahora está durmiendo y descansando.

—Esperaré que se despierte; deseo tanto saludarla!

—Señorita, mi madre no se despertará muy pronto; está bajo la acción del cloral, que es su recurso extremo, cuando no puede conciliar naturalmente el sueño.

Marta bajó los ojos, reflexionó un instante y dijo despues con voz muy dulce:

—Me sería muy agradable sentarme á la cabecera de su cama, y verla descansar, y estar á su lado cuando abra los ojos!

—Ella está habituada á mis cuidados, replicó gravemente Jorge, y no aceptará sino con violencia los de la señorita....

Hubo algunos momentos de silencio. Jorge permanecía en la puerta con cierta rijidez solemne. Marta seguía sentada en el taburete del piano. —Reinaba un silencio dulce y propicio en el interior de la casita suiza.

—Entónces, dijo Marta al fin, apoyando el codo izquierdo en el teclado y reclinando en la palma de la mano su mejilla encendida,—entónces, hoy no saldremos á caballo.

—No señorita, respondió Jorge con frialdad.

Hubo otro momento de silencio: Marta miraba el techo y Jorge el suelo.

—¿Qué ha hecho V. durante el temporal?

—Mi deber, señorita.

—¿No volveremos á salir á caballo?

—Espero que no.

—Vd. se alegrará de no tener que acompañarme....

Una sonrisa triste cruzó por los labios de Jorge; y volvió á reinar el silencio.—Marta lo interrumpió de nuevo, diciendo:

—El otro día, solo encontré un ramito en la copa de la cómoda. Deben estar escasas las violetas!

—Sí, señorita.

Y Jorge con una respetuosa inclinacion de cabeza, hizo ademán de alejarse.—Marta tuvo un movimiento de impaciencia.—Saltó en su taburete, y, sin recordar la enfermedad de doña Catalina, arrancó al teclado la más nerviosa de las escalas cromáticas.... El mayordomo volvió sobre sus pasos; avanzó hasta el respaldar del piano; apoyó en la parte superior sus manos cruzadas, y con profunda emoción, clavando sus ojos azules en los ojos negros de la señorita Marta, habló de esta manera:

—Estamos locos! Mi propia insensatez ha llegado hasta el punto de no tener más que un solo pensamiento en mi cabeza y una sola imájen en mi corazón....

—¿Cuál?—preguntó Marta con pueril aturdimiento.

—Usted!.... Ya ve como soy un insensato.... Ah! si mi madre llegara á conocer esta pasión absurda de mi alma, cuál sería su dolor! su desesperación!

—¿Porqué? interrumpió Marta, con sorpresa inocente.

—Porque participaría de mi propio dolor, de mi propia desespe-

ración... y si el señor Valdenegros llegase á descubrir este horrible secreto, me sentiría avergonzado, deshonrado, como si me sorprendiera abusando de su confianza para robar el establecimiento, para esplotar sus riquezas.—Ah! señorita, á veces llego á figurarme que soy un miserable! Si esta vida fuese únicamente mia, yo conocería perfectamente mi camino; pero debo vivir para mi madre, debo alejar de los últimos años de su existencia todo lo que pueda hacerle derramar una lágrima. Despues, ... seré solo en el mundo.... ó no seré.... Usted también, señorita, se debe á la tranquilidad de los ancianos que le dan su nombre, su fortuna, y que sueñan con el brillante porvenir de su nieta.... Sé que ellos le brindan á usted el regreso á Buenos Aires. Es menester que acepte, que se aleje inmediatamente de mi vista,

Estaba Marta estupefacta. Sus ojos se atravesaban en las órbitas, y su boca se descomponía en contracciones nerviosas. Apenas respiraba. Tenían sus mejillas los colores rojos y sombreados de la flor del seybo.... Empero, cuán bella la encontraba Jorge al verla allí, bajo su mirada, al alcance de su mano, amorosa vencida!

De repente, Marta se irguió con altivez en su asiento;—llevó las manos á la cabeza, dejándolas correr á lo largo de su cabellera; trajo luego las trenzas sobre el pecho y cruzando los brazos ciñó con ellas los contornos de su rostro profundamente alterado.

—Pero, señor, dijo entónces....

—¿Pero qué?—replicó Jorge, estremeciendo el piano con un temblor convulsivo.

—Pero yo no puedo ser responsable....

—No prosiga.... tengo miedo á sus palabras....

—Pero yo no puedo ser responsable de sus *pasiones absurdas*. —Guárdelas en silencio.... que á mí me son indiferentes, y yo permaneceré en *mi* Estancia todo el tiempo que se me ocurra.... Los mayordomos....

—Ah! señorita! —Bien hacia yo en tener miedo á sus palabras; presentía que iban á ser crueles... y falsas!

—¿Falsas?

—Crueles y falsas! Sí!

Marta ocultó el rostro entre sus manos, y Jorge prosiguió:

—Conservo un resto de razon, suficiente para comprender que yo no puedo aspirar á ser el esposo de Marta Valdenegros. No! la heredera de una fortuna inmensa y de un apellido ilustre no puede descender de su destino, tan alto y tan brillante, para enlazar su suerte á la de uno de los mayordomos que cuidan sus establecimientos de campo. Los abuelos de usted, señorita, si tal cosa sucediera, se crecieran en cierto modo afrentados; y, por lo ménos, aun siendo mucha la nobleza de su alma, verían desvanecidas sus más bellas esperanzas, empañados, los horizontes de su raza.—Oh! lo he meditado largas horas, reaccionando sobre mis propios delirios.... Marta Valdenegros casada con el mayordomo Jorge Parler! Imposible!—Sería e asombro y el escándalo de la sociedad. Parecerían amenazadas todas las distinciones, todas las convenciones sociales.—Si una señorita como Marta Valdenegros pone sus ojos en el mayordomo de una estancia, á otras de nombre más modesto, ó de menos opulenta posición, habría que vigilarlas para que no cambiasen miradas de amor con.... Por Dios! Ya ve usted que me pongo en la realidad de las cosas y las conozco á fondo.... Las he sondeado en esas cavilaciones del insomnio y del dolor que no tienen clemencia para ninguna ilusion, para ninguna quimera.... Por eso, señorita, por eso, mi pasión es absurda, es insensata; pero, perdon! no es ridícula! Tengo una alma altiva y soy un hombre digno.... Me creeria degradado si me juzgase incapaz de inspirar veleidades de amor á una mujer, quien quiera que ella sea.... Me siento autorizado á ser franco con usted.—Mi franqueza es lealtad en este caso. Tengo el derecho de pedirle que se aleje, por su propio bien, por la tranquilidad de su fa-

milia, y por la tranquilidad de mi madre... No quiere esto decir que el mayordomo de las Alamedas se considere frenéticamente amado por Marta Valdenegros... Nó! Usted es una niña, y, á su edad, las pasiones son más inconsistentes y efímeras que las plantas de una sola estacion... A su edad, señorita, solo hay caprichos y quimeras, que pasan levemente, sin dejar sombras en el alma cuando son el resultado de las conversaciones de un baile ó de las rápidas miradas de un paseo; pero que pueden conducir á un abismo insondable cuando nacen de una imaginacion extraviada por la influencia de un hombre que no pertenece al mismo rango en que brillan las señoritas de Buenos Aires... Yo tengo el deber de detenerla, y la detengo á tiempo... Soy un hombre, y no me seria difícil guardar en silencio mis pasiones. Usted es una niña, y no sabe guardar en silencio sus caprichos, sus quimeras... Escúcheme... Es menester que nadie pueda vernos corriendo de la mano en los campos como la otra tarde; es menester que los relámpagos no vuelvan á iluminar una figura blanca que huya de mis ventanas, como la otra noche; es menester que Marta Valdenegros y el Mayordomo de los Alamedas dejen de cambiar entre sí violetas y jasmínes!... Ocho dias de ausencia, y esta tormenta de verano habrá pasado para usted... Qué digo! Talvez en este instante ya se asombra usted misma de haber dado lugar, con sus irreflexivos abandonos, á que pueda hablarle como le estoy hablando, con lenguaje de amor, y de irrisoria abnegacion!

—Lenguaje de amor!—dijo Marta, levantando la cabeza y echando sus trenzas á la espalda con ademán desdeñoso;—no concibo que ese sea el lenguaje del amor, talvez porque soy incapaz de sentirlo... Vd. lo ha dicho!—Comprendo! comprendo!—Como solo puedo sentir una fantasia pasajera, V. quiere que me aleje... ¿para qué hacerle concebir esperanzas irrealizables,—no es verdad? Ah! talvez cambiase su resolucion si yo me sintiese dominada por una verdadera pasion, una pasion irresistible, y estuviese decidida á todo....

—No, señorita; no, replicó Jorge, con amarga melancolia; es posible que V. deje de ser falsa en lo que acaba de decir, pero persiste en ser cruel, muy cruel.—Créame, sin embargo. Si Vd. estuviese decidida á todo, yo tambien lo estaria.

—Tambien! repitió Marta, en tante que un relámpago de alegría iluminaba su rostro.

—Sí, tambien!—No sé precisamente lo que haria, pero sé,—y lo juro por la memoria de mi padre,—que la familia Valdenegros quedaria bien pronto convencida de que Jorge Parler no ha pretendido robarle la fortuna, y que tampoco la acepta.

Y el jóven acentuaba la solemnidad de sus palabras, estendiendo la mano derecha sobre la cabeza de Marta, y levantando sus ojos al cielo.

Oyóse en ese momento el repiqueteo de un timbre.

—Mi madre se ha despertado, prosiguió Jorge; me llama!—Le diré que Vd. ha estado á verla y anunciarle que mañana parte la familia para Buenos Aires.

—Partir mañana! exclamó Marta.

—Sí, señorita, mañana.

—Vd. lo ordena!

—Lo ruego, y si este ruego no es oido, sobrevendrán grandes desgracias!

Dijo, saludó cortesmente, y salió de la sala.—Luego, se sintieron sus pasos en la escalera ascendente, y despues, la casita volvió á quedar en silencio.—Marta ocultó de nuevo el rostro entre sus manos y apoyó su frente en el teclado.—Estaba en aquella actitud cuando la sorprendió una voz que decia en el zaguan:

—¿No hay nadie por aqui, no hay nadie?

Era doña Emilia que iba en busca de su nieta.—Marta conoció aquella voz y se dejó estar, oculta por la caja del piano. No recibiendo contestacion, doña Emilia subió la misma escalera que

acababa de subir Jorge.—Momentos despues, Marta salia con precipitacion de la casita suiza, y atravesaba rápidamente el jardín en direccion á sus habitaciones.—Hubiérase dicho, al ver su semblante y sus movimientos, que acababa de cometer un crimen!

(Continuará.)

CRISTINA

(BOSQUEJO DE UN ROMANCE DE AMOR)

POR

DANIEL MUÑOZ

—)0(—

VI

CUANDO don Rafael volvió de Rio con el corazon despedazado, dejando allá los restos del único ser cuyo cariño lo ataba á la vida, buscó en Cristina un refugio para su dolor, viendo en ella la proyeccion viviente del recuerdo de su hijo. Pero no encontró en ella lo que esperaba, aquella efusion de dolor, aquel manantial de lágrimas en que el anciano deseaba verter las suyas, esa reciprocidad de sentimientos que es el único lenitivo de la afliccion. Nada de eso encontró don Rafael.

Cristina estaba transformada. Parecia agena á todo y á todos los que la rodeaban con solícito afán tratando de consolarla. Recibió con cierta apatia al padre de Alberto, como si su presencia viniese á perturbar la tranquilidad de su recojimiento, y ni una pregunta le dirigió relativa á los últimos momentos de su amante.

Todos en la casa parecian abatidos como si presintiesen una nueva desgracia. Solo Cristina mostraba una tranquilidad impasible que se revelaba hasta en sus facciones, ántes tan animadas, y ahora quietas, mudas, severas, los ojos bajos, los labios plegados, y cruzadas las manos de una blancura transparente, que resaltaban sobre el regazo negro opaco de su funebre traje de lana.

No era esta quietud el abatimiento que postra á los que sufren despues de haber llorado mucho, ese anonadamiento en que queda el sistema nervioso tras de violentas sacudidas, sino una resignacion tranquila, meditabunda, reconcentrada, è indiferente á todo.

Quando supo la noticia de la muerte de Alberto, comunicada por sus padres con todo género de precauciones, el dolor no hizo en Cristina la explosion que temian. Levantó los ojos al cielo, corrieron por sus mejillas dos lágrimas silenciosas, y pidió que la dejaran sola.

Aquella tranquilidad afectó á sus padres mucho más que los espasmos de dolor que ellos presentian, y doblemente preocupados quedaron al saber por su otra hija que tenia el cuarto vecino al de Cristina, que esta no habia alterado en nada sus hábitos, y continuaba entregada á sus rezos y contemplaciones místicas sin mayores demostraciones de dolor.

A los pocos dias pidió que llamasen á su confesor, un anciano sacerdote á quien conocia desde que estuvo en el Colegio de las Hermanas. Vacilaron sus padres en acceder á aquel extraño pedido, pero insistió ella con resolucion, y no sabiendo ya qué objetarle, determinaron complacerla.

Lo que pasó en la entrevista de Cristina con su confesor, quedó encerrado entre los misterios de aquel cuarto, pero algo grave debió ser, porque el sacerdote, al retirarse, pidió hablar con el padre de la jóven.

Era el sacerdote un hombre de peso, conocedor de los secretos de la vida, y creyó de su deber no hacer al padre de Cristina un misterio de lo que ella le habia manifestado. El anciano quedó aterrado al oír la revelacion del sacerdote, y permaneció en silencio por largo rato con la mirada fija en el suelo, como queriendo precisar la enormidad de la desgracia que lo amenazaba.

Al cabo de algunos minutos rompió el silencio:—

—Pero ¿cree Vd. que sea esa una resolucíon firme en Cristina?

—Tal parece, contestó el sacerdote, según la tranquilidad y convicción con que ella me ha hablado.

—Le ha dicho à Vd. que contaba con mi consentimiento?

—No me lo ha precisado, pero me ha dado à entender que no teme que Vd. se lo niegue, una vez que Vd. se convenza de que esa determinación será su único consuelo.

—Pero ¿será posible que esa niña quiera abandonar así à sus padres que se miran en ella, llevada de un capricho?

—No lo tome Vd. tan à pecho, pues es de esperarse que eso sea un arranque del momento, pero despues la reflexion la hará desistir...

—No lo crea Vd así.—En Cristina esa resolucíon no es un arrebató porque hace tiempo ya que viene ajustando su vida à ese proyecto. Lleva ya tres meses de noviciado, y yo he debido estar ciego al no darme cuenta de lo que tanto la preocupaba. Mi hija monja... ¡No, no puede ser, no quiero que sea. Y Vd. me ayudará, señor, à disuadirla. Si, su autoridad de confesor ha de influir en ella poderosamente para hacerla desistir de esa resolucíon, y juntos los dos hemos de lograr que vuelva al cariño de sus padres.

El sacerdote no contestó. Se puso de pié como dando por terminada la entrevista, y estiró la mano al anciano, quien se la estrechó fuertemente como sellando el pacto de ayuda que de él esperaba.

Desde ese momento, la casa de los señores Peña pareció que estaba de duelo. Ya no hubo fiestas, ni recibos, ni se tocaba el piano, ni se abrían los balcones. La noticia de la resolucíon de Cristina de entrar al Convento cundió rápidamente, y fué un día triste para las numerosas relaciones de la familia que conocían el acendrado cariño que los padres profesaban à aquella niña.

Pero no faltó quien se alegrase. Las parroquianas de novenas y rosarios se restregaban las manos de gozo, è invadieron la casa de Peña asediando à Cristina para que persistiera en su propósito. Entraban como sombras por el vestibulo rebujadas en sus mantos y se dirijían à la alcoba de la niña sin saludar siquiera à las otras personas de la casa, como si la aspirante fuese ya cosa suya de la cual pudiesen disponer à su antojo.

El cuarto estaba convertido en locutorio. Las beatas cuchicheaban allí de todo, exaltaban la devocíon de Cristina, hacían alarde de enviárle su felicidad, y llegaron hasta hablar en contra del padre que se oponía à la dicha de su hija.

Cristina no tomaba parte en estos conciliábulos, pero oía sin protestar, todo lo que de sus padres declan aquellas arpas devotas. Las murmuraciones solo se interrumpían para rezar rosarios è hacer alguna otra devocíon, y volvían à comenzar de nuevo con más furia, maldiciendo de todos los que encontraban mal que Cristina abandonase à sus padres en la ancianidad.

Todas las tentativas de las amigas y personas respetables allegadas à la casa, por hablar con Cristina, se estrellaban ante aquella muralla de beatas que se turnaban para no dejarla sola ni un momento. No había medio de desalojarlas de sus posiciones.

Si una amiga entraba al cuarto, las beatas le ponían una cara de baqueta y rodeaban à Cristina como para defenderla de un enemigo.

Su pobre padre estaba volado con aquella invasión que poco à poco se posesionaba de su casa, y lo arrinconaba à él, el dueño, alejándolo de su hija, sobre quien nadie más que él tenía derecho. Era un hombre de carácter suave de costumbre, pero à veces se exaltaba lleno de bríos y de enéjia, y en esos momentos no sabía dominarse.

El asedio de las beatas sobre Cristina, lo traía exasperado, y tenía que violentarse mucho para no dar rienda suelta à los sentimientos que fermentaban en él desde tiempo atrás. Por fin llegó un día en que no pudo contenerse.

Paseabase el señor Peña en el vestibulo de su casa, cuando vió subir un grupo de mujeres rebozadas en sus mantos, y capitaneadas por un fraile salesiano, gordo y macizo, que esgrimía un paraguas à guisa de espada. Iba ya à pasar la comitiva por frente al señor Peña sinsalu-

darlo siquiera, cuando el anciano se cuadró frente à los invasores y con tono imperioso dijo:

—¡Altó! ¿Dónde van Vds.?

—Veníamos à ver à la señorita Cristina, contestó el fraile.

—¿Y con qué derecho vienen Vds. à ver à la señorita Cristina, sin pedirme autorizacíon? ¿Creen Vds. que esta casa es una posada donde cada habitante puede recibir las visitas que se le antoje? ¿No saben Vds. que Cristina es mi hija, y sin mi consentimiento nadie puede yerla?

—Hereje! resongó una beata, pero no tan despacio que el señor Peña no la oyese, y acabándosele ya la paciencia, apostrofó al grupo.

—Fueral fuera de aquí inmediatamente! Las herejes y las malvadas son Vds. que han trastornado à mi pobre hija para robàrmela. Fuera de aquí repito, y no me obliguen à hacerlas echar con los sirvientes, mujeres haraganas y mal entretenidas, que ocupan sus ocios en maldecir de todo, sin respetar siquiera las canas y los sentimientos de un padre.

—Pero yo soy el guía espiritual de la señorita... baluceó el fraile haciendo ademán de adelantar.

Nunca lo hubiera dicho. El señor Peña, volviéndose con violencia, lo tomó de una manga del hábito, y sacudiéndosela con fuerza, le grito todo exaltado:

—Usted es el primero que vá à salir de aquí, y cuidado como me vuelva usted à poner los piés en mi casa, sonsacador y pedigueño, que aprovecha la desgracia de mi hija para sacarle crecidas limosnas todos los días. Fuera de aquí, y vaya padre à asearse un poco en vez de venir à sembrar zizaña entre padres è hijos.

Los intrusos se retiraron murmurando por las escaleras, y el señor Peña, despues de desahogarse contra aquella invasión que lo exasperaba, quedó como postrado, meditando sobre la situación que le creaba la determinación de Cristina. Esta lo mandó llamar más tarde, y le habló sobre la escena de la mañana de que ya había tenido noticias. La explicación fué dolorosísima para el señor Peña, que se vió censurado por su hija à causa de la espulsion de las beatas.

—Es que quieren robarte à mi cariño, hija querida, decía el anciano casi llorando.

—No, papá, nadie quiere robarme. Yo soy la que voluntariamente quiero dedicarme à Dios, y esas pobres mujeres no hacen más que robustecer mi fe para que las tentaciones del mundo no me aparten del buen camino.

—¡Ah! ¿con qué crees tú que el buen camino es abandonar à tus padres en la vejez para ir à encerrarte donde para nada sirves? ¿Qué religion es esa que te enseña à faltar à tus deberes de hija? No es esa la religion que tu madre y yo te hemos enseñado, ni es tampoco la que puede ser grata à Dios.

Cristina no contestaba nada à estos razonamientos, y trataba de cortarlos como si la contrariasen. Su resolucíon de hacerse monja era más empecinamiento que convicción, y por eso quería eludir toda explicación que pudiese quebrantar su voluntad. De ahí la contrariedad que le causaba todo contacto con su familia, llegando en su desvío hasta alejarse de la madre, que era sin embargo la que menos le hablaba de su determinación, sin ser por eso la que menos la sentía.

Las hostilidades contra el señor Peña recrudecieron con la espulsion de las beatas. Espiaban sus salidas, y desde que sabían que no estaba en la casa, todas aquellas devotas harpas se pasaban la voz è invadían el cuarto de Cristina, llenándole la cabeza de chismes y embustes contra su padre, à quien acusaban de mason, y pintaban poco menos que poseído del demonio. No tardó la impresionable niña en prestar oídos à aquellas murmuraciones, y sin quererlo quizás, fué alistándose en las filas de las que combatían al señor Peña.

Aquella guerra siguió sin descanso, recrudeciendo por días. El señor Peña llegó à convencerse de que su autoridad paternal estaba quebrada para con Cristina, que resueltamente había manifestado que con è sin su consentimiento, llevaría à cabo su determinación.

En tal situación, el anciano apeló como supremo recurso à la influencia del confesor de Cristina, sacerdote de quien tenía el mejor concepto. Le mandó llamar y le explicó lo que pasaba. El sacerdote oyó al señor

Peña sin desplegar los labios, y en seguida fuè al cuarto de Cristina, donde permaneciò largo rato.

El señor Peña entretanto se paseaba en los corredores, nervioso è inquieto, como el padre que espera el pronóstico de una junta de médicos sobre la enfermedad de su hijo.

Cuando el sacerdote saliò, el padre de Cristina lo llevò à la sala, y lleno de ansiedad le preguntò:

—¿Y...? ¿ha cedido à sus consejos?

El sacerdote levantò los ojos al techo, y con la mas humilde resignacion contestò:

—Cùmplase la voluntad de Dios!

—¿Qué quiere V. decir? ¿Es posible que no haya V. logrado convencer à esa niña de que no debe abandonar à sus padres?

—Mi mision no me permite oponerme à los mandatos de la providencia, y por el contrario, tengo el deber de contribuir à robustecer los sentimientos piadosos de esa niña...

El señor Peña no lo dejó concluir. Con un jesto diò por terminada la entrevista, y cuando quedò solo se dejó caer sobre el sofá, permaneciendo con la cabeza entre las manos durante largo rato.

Al dia siguiente cayò en cama, gravemente postrado por una afeccion orgànica cuyos primeros sintomas habia experimentado hacia ya algun tiempo, pero que entònces se manifestaba ya muy desarrollada, debido à los disgustos que sufría desde que Cristina tomò la resolucion de hacerse monja.

Poco afectò à Cristina la noticia de la enfermedad de su padre. En aquel estado de atonia en que estaba, parecia que nada la preocupaba sino la realizacion de sus propòsitos, y todo lo que con ellos no se relacionase, le era completamente indiferente. Entraba dos veces por dia en la alcoba de su padre enfermo à informarse de su salud, y se retiraba en seguida à su cuarto, agena à todo lo que pasaba. El señor Peña la llamaba à su lado cuando iba à verlo, la hacia sentar en su cama, y tomándole una mano la retenía por largo tiempo entre las suyas, mirando fijamente à Cristina. Pero ella no lo miraba; permanecia con la vista baja, muda y apática, sin hacer una caricia al anciano, como si el estar allí fuese para ella el cumplimiento de un deber enojoso.

Las beatas, libres ya de las vigilancias del señor Peña, se habian posesionado del cuarto de Cristina, convertido en centro de sus conciliábulos.

Aquella enfermedad era para ellas un castigo del cielo por haberse el anciano opuesto à que la niña se dedicase à Dios. Primero se decia esto entre ellas, pero poco à poco, y valiéndose de rodeos, se lo hicieron comprender à Cristina, y hasta hablaban de ello sin reparo.

Un dia, una de las beatas llegó à decir que la muerte del señor Peña seria una felicidad, porque así no tendria ya la devota quien se opusiese à sus piadosas inclinaciones. Cristina, al oír aquella iniquidad, llorò como hacia mucho tiempo que no lloraba, despertándose en ella, à la idea de la muerte de su padre, el cariño que àntes le tenia.

La beata comprendiò que habia ido demasiado lejos, y temiendo una reaccion, empezò à dar vuelta à sus palabras hasta dulcificarlas y darles otro sentido. Ella no habia dicho que desease la muerte del señor Peña, sino que en caso de que esa desgracia acaeciese se creeria que Dios habia intervenido con su sagrada voluntad para dar acceso hasta él à la que buscaba su gracia.

Entre tanto, el mal del señor Peña se agravaba por dias, y el anciano sufría dolores agudisimos al corazon, que era el órgano afectado. Su esposa y sus hijas lo acompañaban dia y noche, pero él, en sus lamentos, solo tenia palabras para Cristina, para aquella hija que tanto habia querido, y que lo abandonaba en sus sufrimientos, despues de haberlo herido mortalmente.

Partia el alma oír aquellas quejas del anciano moribundo, que hacian llorar à todos los circunstantes.

—Me muerol me muerol decia una mañana abrazando à Cristina que habia entrado à saludarlo. Y eres tú, hija querida, la que me mata. No te apartes de mí, no me abandones, desiste de ese propòsito

absurdo, y yo volverè à la vida, porque lo que me la quita es esta opresion que me dà la idea de perderte.

—Es necesario resignarse ante la voluntad de Dios, contestò Cristina con voz grave.

—Pero ¿qué Dios es ese tuyo que aparta à los hijos de los padres? exclamò el señor Peña con angustia. No, no quiero que me abandones; tú no me dejarás solo...

La esposa y las otras hijas lloraban amargamente en presencia de aquella escena, y sobre todo al ver que el pobre enfermo solo tenia palabras de cariño para la única que se alejaba de él.

Y la misma escena se repetia todos los dias, y cada dia quedaba el señor Peña más postrado, reagravada la enfermedad con aquella lucha entre el cariño de un padre y el desvio de una hija, de aquella hija predilecta que habia sido el encanto de su vejez, y que el fanatismo le robaba para sepultarla en la estéril soledad del claustro.

—Preferiria verte muerta, le decia el anciano, antes que monja, porque muerta me quedaria siquiera el recuerdo de tu cariño, mientras que monja solo verè la prueba de tu egoismo, de tu ingratitud para los que solo han sabido quererte.

Ocho dias despues moria el señor Peña en medio de horribles sufrimientos.

Cristina hizo su duelo aparte, en la soledad de su cuarto, sin participar en nada de las lágrimas de su madre y hermanas:

Dos semanas despues activaba ya sus preparativos para irse al convento, y antes de dos meses entraba ya como novicia, rompiendo así todos los vinculos que la ligaban à la sociedad.

FIN DEL CUADRO SESTO

NO SÉ QUÉ ESCRIBIR

La juventud es una grande enfermedad.
ALGUIEN.

JAMÁS tomo la pluma para borrar algunas carillas de papel, sin decir con Espronceda:
«Siento no sea nuevo lo que digo,
«Que el tema es viejo y la palabra rancia.»

Esos dos versos del poeta español me mortifican; son la sombra de mis ensueños: y despues de recordarlos, me resigno à no escribir, porque llegan à punto de tiranizarme tanto, que no acierto à dar con un tema à mis confecciones semi-literarias.

El tema! Nada hay más difícil en el arte de escribir, que encontrar un buen tema, quiero decir un buen epigrafe.

¿Sabeis lo que es el epigrafe? El epigrafe es, la miel con que el novelista seduce, no à las abejas del florido Himeto, sino à las abejas de la literatura, haciéndolas posar en ese panal que encanta, porque endulza la vida; es el anzuelo de que se sirve el periodista para enganchar las masas populares y hacerlas digerir el plato que diariamente condimenta; y es algo, como el jarabe ferruginoso de quinina, que el orador endosa y trasmite anticipadamente à su más ó ménos habitual y numeroso público, para abrirle el *apetito auditivo*.

Suponed que, à la manera de epigrafe, me resolviera colocar al frente de... esto que escribo,—uno de esos nombres que corren de boca en boca y llegan hasta perforar los corazones.

Suponed ese nombre, que os recuerda una imágen más ligera que la niebla y más fresca que la espuma de las aguas—cualquiera imágen—una de nuestras bellezas que veis y admirais diariamente, con sus maravillosas líneas dibujándose en los pliegues de su vestido de seda, sus grandes guantes de piel de Suecia, su cuello flexible, su cutis nacarado, y su cabello esparcido sobre la frente à semejanza de los bellos retratos de Rubens.—Suponed ese nombre como un *reclame* de mi escaso ingenio, y desde

ese instante estaria asegurado el éxito del artículo, como les está asegurado á los empresarios de museos zoológicos la entrada de los mirones, por los avisos que colocan al frente de las reparticiones, ofreciendo mostrar los desnudos *trozos* de la carne y la forma humana de esas Phyrnes, voluptuosas de la hermosura....

Oh! el arte de escribir es un arte lleno de recursos hasta en sus más mínimos detalles; y el estilista para ser leído, debe preocuparse en la travesura del epigrafe tanto como en el fondo del artículo.—Si quereis seducir, no imagineis á Magdalena arrependida, sinó á Diana sorprendida en el baño!

¿Qué es, pues, el epigrafe? El epigrafe es todo: es el verdadero espíritu del artículo.—Se le coloca arriba, al empezar, como si fuera el cerebro que domina y de donde parten las ideas é inspiraciones.—Es el único incitante para el lector, y toda la solicitud que se ponga á fin de que sea bueno, será siempre insuficiente.

Me parece ver ya algun rostro burlesco, de esos que rien de lo que Byron llamaba *peinar el estilo*, y que miran con desprecio á esos *peluqueros* de la idea y de la frase que se conocen por Paul de San Victor, Charles Nodier y Perez Galdoz, objetándome, que todo eso es sencillamente una cuestion de forma.—Sea: pero estamos en una época en que reina la forma.

En el día, se leen puramente algunos libros, por el tafilete, el cuero y los dorados grabados de las tapas,—mientras que otros de indisputable mérito, que no están decorados, ni iluminados con imágenes, se desprecian ó pasan desapercibidos.—Ya veis, el encuadernador, es una potencia igual ó superior al literato.

¿Cuestion de engarce literario, se agregará aún?—Convenido: pero el engarce hace lucir siempre la piedra y le da más realce al brillante ó á la perla que se anida entre las molduras del oro.—Ya veis tambien, el joyero con sus *formas*, puede tanto como la naturaleza con sus superioridades.

Convengamos pues, que en el arte de escribir, no hay nada como saber *bautizar* un buen ó mal artículo.

Los diarios y los libros se leen generalmente, no por lo que dicen, sinó por lo que prometen.

Yo no hubiera leído, por ejemplo, una novela de la señora Micaela Rodriguez de Diaz, intitulada *Agláe*, si ese nombre poético de una de las tres gracias, no me seduciera, como seduce una bayadera con sus encantos, haciéndome concebir la trama interesante de un ángel, para encontrarme despues con el cuento más trivial y vulgar que era dable imaginarse; y lo mismo que eso, yo no hubiera leído tantas cosas, que se han convertido despues en verdaderas *engañifas* y *trapisondas* literarias.

El epigrafe!—Cuántas polémicas no han obtenido el triunfo, por el epigrafe?—En la revolucion de 1830 en España, las hojas volantes de la prensa se repartian al pueblo con sus columnas en blanco; los periodistas se defendian únicamente con el epigrafe.

Y sin ir tan lejos: en nuestro país, despues de la deportacion tan famosa como inexplicable á la Habana, habia diario que sus artículos lo constituian los epigrafes puestos al frente de sus blancas columnas.—Sin embargo, ellos encerraban una verdadera protesta, que repercutió en el fondo del alma de cada ciudadano, con más ó menos indignacion y más ó menos energia.

Colóquese al frente de un artículo una de esas *frases-relámpagos*, y se verá qué efecto produce.—El epigrafe por lo tanto, es el nombre propio del artículo,—y hay que convenir en esta paridad de caso: así como existen nombres que no son poéticos, soñadores, hay epigrafes que tampoco lo son.

Se pensará, que en los epigrafes puede ser eso cierto, por cuanto las palabras que se emplean tienen correlacion con objeto cuyas ideas de delicadeza ó arte son más ó menos acentuadas; pero observaré que igualmente sucede en los nombres, y que éstos son mayormente poéticos, segun el papel romántico, libertino ó heroico que les ha tocado correr en las historias y novelas.

Actualmente no se lee nada sin un buen epigrafe.—El artículo

tiene que ser dandy, elegante bien aliñado como un figurin de moda, tiene que prometer algo, y es el epigrafe quien despierta y forja esas esperanzas.

En esa linea nadie como Victor Hugo.—«*Napoleon el pequeño*», tiene por título una de sus obras literarias-políticas, y efectivamente el libro, más que por otra cosa, se lee por ese contra-sentido histórico del título,—pues el sentido del pueblo no se dá cuenta cómo un Napoleon puede ser pequeño, como mañana no se explicarán nuestras generaciones, cómo en los años que corremos ha podido flotar tanta escoria en la superficie, y se han trepado los gavilanes del llano, á la cumbre de los cóndores.....

Sucede pues, con el epigrafe, algo de lo que pasa con la perfumeria francesa: la etiqueta con sus dorados y sus sellos imperiales, vence al perfume de Oriente aprisionado entre las sencillas paredes de vidrio de los frascos.

Notad el poder del epigrafe. Y no hay que protestar.—Nuestra organizacion literaria es esa, y no es fácil reformarla así no más.—Yo no digo que el uso y lujo de los buenos epigrafes sea malo, únicamente observo que se ha creado una literatura especial de ellos, que con el tiempo constituirá sectarios, y tendrá su diccionario como lo tiene la rima, y sus partidarios románticos, realistas y naturalistas.

Observo únicamente ese fenómeno, que hace más ó menos simpático á un artículo, como suele ser simpática en apariencia una mujer, convirtiéndose á veces, aquel y éste, en un verdadero *clavo* despues de algunos minutos de trato íntimo.

Desgraciadamente, el que estas lineas escribe, ni siquiera tiene a habilidad de darse de narices ó de bruces, que para el caso es lo mismo, con los epigrafes,—y generalmente, deja en completo ocio la pluma por no saber qué escribir.

Algo semejante debiera esclamar á lo de la ideada niña del galano Campoamor:

Ah! si yo supiera de qué escribir!

Pero para mi mal, en estos aprietos en que me veo, me encuentro solo, sin cura que me auxilie, y sin mas perspectiva que un cielo gris que no me dice nada, ni nada me ha pasado á los resplandores de su semi-claridad.—Siquiera ella (la de los versos) tenia deseos de amar, y yo ni siquiera tengo el deseo de poner mi nombre en el papel.

Por eso renuncio á escribir y tiro la malhadada pluma ya que no puedo tirar la mollera que no me ayuda á dar con un epigrafe que venga al caso y sirva á sacarme del compromiso que en infortunado momento me impuse.

Mas... me apercibo que apesar de todo he escrito algo, sin epigrafe, sin nombre, pero que por lo pronto, puede llenar algun espacio con apariencia de artículo. Ay! del que lo lea.—Nada digo, ni nada he intentado decir, y sin embargo lo doy á la publicidad y satisfago con él una deuda....

Ah! bien se ha dicho, que la juventud es una grande enfermedad; la pasion y el deseo de renombre la domina,—y es tal nuestra ambicion, que no nos parece usura el tanto por ciento que la critica y la censura nos cobran.

Basta.—Y héme ya en manos de ese Judio usurero que se llama lector.

FRA FILIPPO LIPPI.

SIN PASAPORTE

SCIENDE el sol, irradia, huye la bruma,
Y el cielo queda trasparente y terso;...
¡No hay nieve que al calor no se consuma
Del astro que dá vida al Universo!

¡Siento que el sol en mis potencias arde!
 ¡Siento que amor todas mis fibras mueve!
 ¿Por qué se enerva el corazon cobarde
 Ante tu huero corazon de nieve?

¿Qué hay en tu sér que tu frialdad me arredra?
 ¡La sangre por tus venas no circula!
 ¿Qué vale tu beldad, muger de piedra,
 Si no incita al amor, ni lo estimula?

¡Cuerpo sin alma,—corazon sin fuego!
 ¡Impenetrable, indiferente, muda!
 Sorda al amor, á la piedad y al ruego,
 ¿Quién de tu pétrea complexion no duda?

Al menos muerta, entre amarillos cirios
 Dentro un cajon, en tu mortaja envuelta;
 La faz velada en palidez de lirios
 Bajo tu blanda cabellera suelta;

Me inspiráras dolor, y amor acaso!
 Y pensando en tu espiritu diria: —
 «¡Angel que el mundo iluminaste un paso!
 «¡Flor de los cielos que duraste un dia!

«¡Torna á la vida!»—y te llorára entónces.
 Pero al verte vivir inanimada,
 Como una estatua de bruñido bronce,
 Te admiro, pasas, y no siento nada!

RAFAEL.

Setiembre de 1883.

SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 7

PROBLEMA DE AJEDREZ

Blancas		Negras
P 4 T		R 3 D
D 7 R (jaque)		R toma P
D 7 AD (mate)		
	<i>Variante</i>	
P 4 T		R 3 R
D 7 R (jaque)		R 4 A
D 6 A (mate)		
	<i>Otra variante</i>	
P 4 T		R 4 A
D 7 AR (jaque)		R 4 R
D 6 A (mate)		
	<i>Otra variante</i>	
P 4 T		R 4 A
D 7 AR (jaque)		R 4 C
D 6 A ò 5 T (mate)		

La solucion fuè enviada por Eduardin, Ed. Loedel, Rocambole y Rocambolito, Nadie, J. C. Brò, Arturemus, y C. M.

FUGA DE VOCALES

*Pasó ya la estacion de los amores
 Y la edad de los sueños placentera,
 Pasó la deliciosa primavera
 Y con ella los frutos y las flores.*

Enviaron la solucion Juanita, Moniato, y Rocambole y Rocambolito

FUGA DE CONSONANTES

*Pasarán de la suerte los favores
 Y de la vida la gentil quimera,
 Como pasan cruzando por la esfera
 Relámpagos de fuego brilladorés.*

La única solucion recibida fuè enviada por Rocambole y Rocambolito.

FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO

*Tambien pasaron los instantes puros
 En que el alma á su dicha no halló tasa
 Ni vió para su afan diques ni muros.
 Todo al cabo pasó; solo no pasa
 Una moneda falsa de dos duros
 Que tengo hace tres meses en mi casa.*

De esta fuga no recibimos ninguna solucion.

SALTO DE CABALLO Y PASO DE REY

*Yo sé bien que los poetas
 O los que pulsan la lira
 Son seres que no interesan
 Ni preocupan á las niñas.
 Si esto no fuera cual es
 Yo rendido ofreceria
 A las lectoras del «Lunes»
 Cantos de la lira mia.*

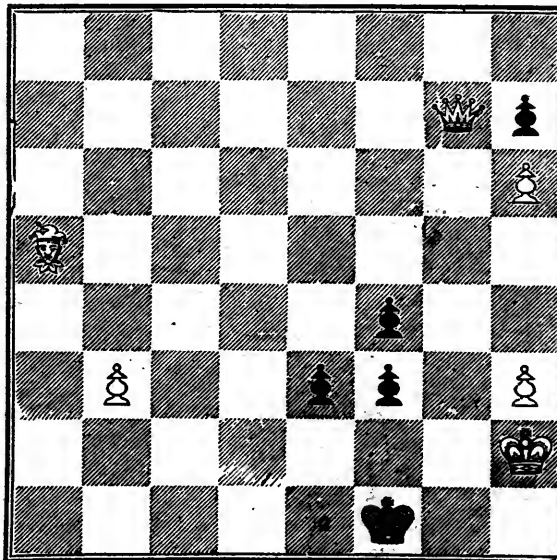
Enviaron la solucion, Timotea, Moniato, Rocambole y Rocambolito, Picazo y Becerranza, y la Sociedad á destrea y á sinistra.

GEROGLÍFICO N. 7

No es oro todo lo reluciente.

Descifrado por Nadie, la Sociedad á destrea y á sinistra, J. C. Brò y Compliments.

**Problema de Ajedrez por «ignotus»
 NEGRAS**



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

CHARADAS

*Mi prima es proposicion
 Y segunda, iercia y cuarta,
 Epiteto que se aplica
 A la corte celestial,*

*Prima y sexta es como altar
Y segunda, prima y cuarta
Era muy dada á cazar—
Sesta y cuarta, es un anfibio.*

En la Eneida de Virgilio
Segunda y quinta hallarás,
Segunda y prima verás
Que es del tiempo division.

Si me echo al rio me ahogo
Si no hago *cuarta y quinta*;
Y si das con el *total*,
Renombre de ello te doy.

O T R A

Quisiera *prima* y *segunda*
De buen vino tener llena
Que así se desechan penas
Y duelos con pan son ménos.

Asi yo regalaría
A mi *primera* y mi *cuarta*
Como el dulce zumo de uva
Hasta que estuviera harta.

Dichosas las que cual tú
Son *prima, tercia y segunda*
Porque no es cosa que abunda
En este mundo lo bueno.

Mi *cuarta* con mi *primera*
Es cual fin ó conclusion
Mi *tercera* es conjuncion
Y *cuarta y segunda* es nombre.

Mi *total* es una ciencia
Muy amena é instructiva;
Que hoy á los sabios preocupa
Y en el campo se practica

O T R A

Es mi *primera* el nombre
Que se le aplica
A todo aquel que en Roma
Se beatifica;
Segunda es ruido

Y el *todo* del pagano
Fue muy temido.

FUGA DE VOCALES

Pr.m.r.—l—c.r.z.n—d.nd.—s.—n.d.
M.—.nm.ns.—.m.r.—.C.b.—h.r.—p.d.z.s
Pr.m.r.—r.mp.r.—m.l—y—m.l—l.z.s
N.—.mp.rt.—s.—s.n—d.l.c.s.—.m.—v.d.

FUGA DE CONSONANTES

..i.e.o—e.—o.o.—a—o.a—e...ia
A.u.a.é—a.a—c.—i.—c.—e.e—..a.o
..i.e.o—o.o—..é.o.a—i—..a.o
E..e.e.é—n—n.a—i.a—e..o.e.i.a

FUGA DE UNA LETRA SI Y OTRA NO

P.i.e.o—e.a.á—i—l.n.o—r.i.n.e
.r.s.r.p.o,—r.a.t,—e.—s.e.o—m.r.c.n.
H.s.a—e.—á—i—r.a.r.a—n.e.e.d.e.t.
P.i.e.o—i—e.d.g.—s.a—i—..a.o
Q.e.—e.i.i.—e—n—é.p.t.—i.s.l.n.e
.l—e.d.n—e—e.—l.b.e.—s.r—u.a.o!

PALABRAS DESCOMPUESTAS

RACITUOL -FLATUCIR -MANIGOIS -VERONA

SALTO DE CABALLO

ella	veo	el	lo	plan	ce	con	mo
En	za	tó	la	bal	sa,	la	cre
mar	Y	mas. 64	na.	ma	o	her	de
gri	nes	da,	ci	mis	mi	Y	tra
Una	chi	lá	a	La	do	gan	que
mi	Por	plan	la	cre	la	plan	yo
ta	la	ha	de	ta	Hay l	Por	rie
qué	jaz	da.	he	mia?	tas	do	dos

Empieza en la casilla núm. 1 y termina en la 64.

GEROGLIFICO NÚMERO 8

EL



TT

X



YxE

